



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 2 DE FEBRERO DE 2020

Olga de León / Carlos Alejandro

Entes reales y ficciones en cuentos

EL SUEÑO DE UN ESCRITOR
OLGA DE LEÓN

La mujer lo sabía, caminando por esa calle solo encontraría un triste espectáculo: construcciones dañadas cuyos dueños habían dejado morir sus negocios, lugares desagradables y sucios ante cualquier mirada. Ya casi nadie tenía una tienda decente, presentable, sin paredes pintarrajeadas ni con los cristales sin parchar por esas calles de dios.

Y por allí, ella debía caminar todos los días para llegar a su trabajo. No era que le gustara, tan solo era la línea recta, la más corta naturalmente, para llegar puntual a la oficina todas las mañanas. De otra forma, rodearía y caminaría ocho cuadras más: veinte o veinte y tantos minutos extras.

Esta es la historia iniciada tres veces antes, con tres párrafos, y todos fueron a dar al bote de lo inservible. No le gustaron a quien esto escribía, y si no le gustaban a ella, no eran buenos, no valía la pena que nadie los leyera. Sin embargo, en esa historia había algo que quería decir y no lograba hacerlo con buen talante y nivel de prosa, aunque no fuera perfecta. De sobra sabía que la página perfecta, solo era la página en blanco, antes de ser mancillada con la tinta o el carboncillo.

Hizo lo de costumbre, se levantó, tomó un libro y leyó donde lo había dejado empezado, volvió a soltarlo. Caminó un poco, unos treinta pasos, no más, en derredor del ordenador y hacia otro cuarto, porque ahora tenía problemas para hacerlo, para estar en pie y caminar. Luego fue por un relleno de café a la cocina... De paso, le dio una mordida a un tamal recalentado que le quitó al marido. No tenía hambre, era ansiedad, ella lo sabía muy bien.

De inmediato, sentada de nuevo frente a la máquina, tuvo la gloriosa idea de recurrir al apoyo familiar: -cuéntame una anécdota, C, le dijo en voz alta al marido desde el comedor, donde escribía... -¿Una qué?, le espetó este desde la cocina con su comida-cena sin terminar. -Sí... alguna vivencia de tu infancia. -No, pues no sé... a ver, espérame a que termine de... -Olvidado, disculpa, no es tu asunto mi ausencia de ideas, mi imaginario está negado a regalarme algo hoy. Pero, ya vendrán ideas, voy a dormirme unos veinte minutos, sirve que me calmo y, de paso, a ver qué sueño. El ya no la oyó, y eso fue mejor, no lo entendería... aunque... él resuelve muchas veces sus asuntos legales, mientras duerme... o recuerda en qué libro y página tiene algo subrayado... En fin, materiales diferentes, semejantes recursos...

Pero, antes de ir por un sueño, recurrió a uno de sus hermanos, su lector asiduo... Nada, tampoco tenía una idea que compartirle. Antes le había escrito al hijo, igualmente, para pedirle alguna idea -quien seguramente estaba en ensayo musical o reunión con amigos-, pues se limitó a contestar: "Tú puedes mami". Y, sí, ella lo sabía bien... o, eso creía. Ella acabaría por encontrar de qué escribir o por dónde ir, con el asunto que la rondaba hacía varios días, pero que no lograba fraguar por escrito.

Mónica Lavín

Novelas por encargo para jovencitas

Hubo un tiempo en que la literatura para los lectores adolescentes estaba dividida en libros de ellas y de ellos. Así que los chicos se zambullían en las aventuras de Emilio Salgari y nosotras en Mujercitas, El diario de Ana Frank, Papaíto piernas largas. Lo nuestro eran aventuras más íntimas o casa adentro, lo de ellos era adrenalina de selvas, mares, cuevas. Aunque Julio Verne con sus mundos futuros nos puso al tú por tú, la saga detectivesca de los Hardy Boys o Nancy Drew Mystery Stories (que eran libros de la biblioteca de la escuela bilingüe donde asistí) nos volvió a colocar en los estantes de libros para ellas y para ellos, cuando además las heroínas o mujeres dedicadas a ciertos papeles hasta entonces masculinos no eran usuales. Así como yo quería ser la Jo March de Mujercitas, que salva a su familia de la pobreza escribiendo cuentos que le publican (y que resulta que en la vida real su autora Louisa May Alcott sostuvo a sus padres a través de las ventas de sus libros), también quería ser Nancy Drew, la detective que resuelve misterios, intrépida, sagaz, acertiva... y bonita.

Hurgando en las autoras detrás de estos libros icónicos y formadores de generaciones de chicas más que de chicos, sobre todo Mujercitas, que se ha leído en muchos idiomas desde su publicación exitosa en 1868, me entero que Louisa May Alcott escribía novelas de suspenso con el seudónimo de M.A.



Y si una idea no tiene expresión verbal, sencillamente no existe, no es. Así que decidió volver al origen y "tomar al toro por los cuernos". -Cómo que no tengo ideas, faltaba más, se dijo al tiempo que en lugar de irse a soñar mientras durmiera una breve siesta pre-nocturna, se sentó frente al ordenador y empezó a soñar despierta.

Entonces, descubrió que su personaja la veía inquisidora desde la página que había dejado empezada, misma sobre la que había tomado la determinación de concluir-la, de escribir una historia a la altura de las aves que vuelan como las águilas, alto y mirando al firmamento, más allá del horizonte próximo a los ojos humanos.

La joven de los tacos altos no se quedó esperando a que la escritora volviera y continuara con su cuento. Había llegado a la oficina y estaba disponiendo la taza preferida del jefe y tomando un sobrecito de té verde, uno con café, ya que solo el primer té lo tomaba con café, el resto del día sin ella, a menos que él expresamente así se lo pidiera. Se detuvo antes de poner el agua dentro de la taza y volvió a mirar a la que la había creado, sí, la vio de frente con sus ojos cafés bien abiertos. Algo quería decirle.

Si bien, la joven no dijo palabra alguna, la mujer tampoco tocó el teclado, así que no avanzaba en el cuento. Y ahora, menos, no podía; estaba entre paralizada, helada, o ambas cosas. Fue justo entonces cuando la

joven cruzó la frontera de la ficción y se sienta de este lado, junto a la autora... Quien apenas si lograba respirar, con visible dificultad lo hacía.

En ese instante, otro personaje, que juró no haberlo creado aún, pero que sabía era un ejecutivo superior en esa organización, le dice al jefe de la joven a su lado: "-Jimmy, tú eres un genio, ca...", qué haces aquí agobiado con estos asuntos. -No, mi Doc., tú eres el exitoso, mírate... -Escucha, Jimmy: hay aves menores cuyos vuelos no llegan más allá de aquí, -y lo dice, poniendo su mano en horizontal a la altura de su pecho. -En cambio, tú, Jimmy, puedes volar más allá del horizonte y a la altura que tú quieras...

La joven, viendo a la autora golpeando al fin el teclado, asiente, y acto seguido salta a la página imperfecta e inconclusa... Yo, yo sigo haciendo lo mío, escribiendo...

TORRE DE BABEL
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El Capitán pensaba lo mismo sobre ellos: que estaban hechos con la misma tela. Ambos eran mentirosos, lambiscones y charroleaban sobre la forma en que habían llegado a su puesto: Traídos a trabajar por el Maestro. Conocían perfectamente sus funciones; pero delegaban todo. A cada uno le sobraba tiempo para chismear, para

grillar a quien no les caía bien.

La relación entre los dos, era perfecta. Se hacían regalos, se decían cumplidos y hasta comerciaban entre sí. Hasta que uno le vendió un auto al otro. Se realizaron cuatro pagos, como había sido estipulado verbalmente, pero la cantidad de dinero depositada fue menor en cuarenta mil pesos, según argumentó uno de ellos.

Uno era jefe del otro. El subordinado había sido el vendedor del auto. Comenzó a esparcir en su oficina, como agua sobre piso de mármol, el chisme de que él le había prestado dinero a su jefe. El jefe se enteró y se enfadó; le reclamó a su subordinado, quien a su vez exigió los cuarenta mil pesos que faltaban del pago del auto.

"Tú se los metiste al carro para arreglarlo y poder venderlo, de otra manera, nadie te lo hubiera comprado", le dijo el otro. El jefe comenzó a grillar a su subordinado con los empleados. Los tenía bajo control, así que los organizó para que presentaran una denuncia por acoso laboral contra el subordinado. Les dio ideas y ayudó con la redacción del documento. Pero su nombre no apareció en la denuncia.

El asunto llegó a oídos del jefe de ambos, El Capitán, quien citó a cada uno de los empleados para escuchar sus versiones de los hechos, luego entrevistó al subordinado de menor rango, al acusado de acoso, y concluyó que ambos subordinados estaban cortados con la misma tijera. Convocó a una reunión con todo el personal y los exhibió a ambos.

El subordinado denunciado acudió a una instancia superior y acusó a su jefe de haber falsificado documentos y de haberle pedido falsificar otros. El órgano fiscalizador abrió una carpeta de investigación al respecto. Por su parte, los denunciantes de acoso laboral fueron llamados por el Comité de Ética de la institución que revisaba el caso, a testificar.

El Comité encontró inconsistencias en los testimonios. Entendió que los empleados habían sido organizados por el de mayor rango para acusar a su subordinado. Así es que el Comité buscó encontrar una solución de conciliación, en la que los empleados perdonaran al jefe que habían acusado de acoso, y que tanto subordinado y jefe hicieran las paces entre ellos. El de mayor rango dijo: "Solo si mi subordinado se desdice ante el órgano fiscalizador sobre la acusación que hizo de falsificación de documentos, llegaré entonces a una solución conciliadora".

Pero el órgano fiscalizador ya había abierto una carpeta de investigación y debía continuarla por oficio. La solución conciliadora no llegaría. Además, los empleados pedían una disculpa pública de su jefe, en frente de El Capitán, y que se dejara por escrito lo bondadosos que habían sido perdonando al jefe.

La batalla continuó durante meses. Como tempestad junto a huracanes. Ciegos contra ciegos en una guerra a palos, a escobazos, a manguerasos. Dimes y diretes. Golpes bajos. Un encono encima de otro encono hasta construir la torre de Babel. La moraleja: El rencor no se subana.



primera mujer en graduarse de periodismo en una universidad de Estados Unidos, escribió los primeros 30 volúmenes en donde la personalidad de Nancy Drew quedó plasmada para siempre; cuando los otros 28 autores retomaron la escritura, ella era la heroína consistente y fascinante que de jóvenes nos hubiera gustado ser. Benson gustaba de la aventura, era viajera, incursionó en sitios arqueológicos mayas, entre otros lugares que sirvieron de escenarios a una saga larguísima y para la escritura de la serie de la reportera Penny Parker, que esta vez firmó con su nombre.

Lo que sí ocurrió en el acuerdo con el sindicato fue el permiso de que se supiera el nombre de los escritores fantasma, lo que le valió a Mildred Benson un premio especial de la MWA

(Escritores de Misterio de América) por su contribución a la serie de Nancy Drew. Creó un personaje que, me atrevo a decir, aún en este siglo tecnológico y de mayor presencia de las mujeres en distintas áreas, resulta original y fascinante. Las historias de detectives no pasan de moda. Las de una detective joven en los años en que los superhéroes eran los reyes de las historietas que comprábamos en los puestos, tampoco.

Curioso que ambos proyectos de escritura compartan no sólo tener escritoras mujeres estadounidenses, nacidas en dos siglos distintos, sino que hayan sido encargos y que subsistan en el tiempo.

Querría pensar que las etiquetas de para ellos y para ellas no son necesarias, pero no estoy segura.



Armando Salas Portugal

(Monterrey, Nuevo León, México, 1916 - Ciudad de México, 11 de enero de 1995) fue un fotógrafo y escritor mexicano. En su obra mostró diversas temáticas, destacando la fotografía de paisaje y de la obra arquitectónica del México de mediados del siglo XX, destacando la de distintos creadores como Luis Barragán, Mathias Goeritz y Mario Pani, entre otros. Su obra sería decisiva en el registro de "la construcción de las imágenes de la modernidad arquitectónica" de su país.

Dicha producción artística, que comprende más de 70 mil negativos, es conservada por la fundación que lleva su nombre.

Fue hijo de Rosa Portugal y de Daniel Salas, en Monterrey, Nuevo León. En 1920 se mudó junto a su familia a la Ciudad de México, en donde vivió en las colonias Juárez y Roma. Salas fue siempre un aficionado al alpinismo y excursionismo, siendo su primera experiencia en estas prácticas en 1924, y en 1928 ascendió por primera vez al volcán Iztaccíhuatl. En 1932 viajó a Los Angeles, California, en donde ingresó a estudiar al Beverly Hills, High School y posteriormente estudió químico perfumista en la UCLA.

Inició su carrera en 1936, cuando tuvo su primera cámara, una Zeiss Ikonta. Sus primeras fotografías fueron tomadas en distintas locaciones de México y los Estados Unidos. Volvió a México en 1936. Montó una tienda de perfumes y cosméticos en la calle de Chihuahua, donde inició la venta de la que se convertiría en una afamada crema facial, la Crema nutritiva Leipzig, que contó entre sus clientes a Amalia Solórzano, esposa de Lázaro Cárdenas, entonces presidente de México.

En 1938 realizó la serie Pedregal de San Ángel, la cual además de destacar por su calidad y talento, sirvió como registro de la flora endémica del lugar.

La relación entre Salas Portugal y la obra de Luis Barragán inició en 1940, cuando el arquitecto jalisciense lo contrató mientras trabajaba en el Pedregal de San Ángel. Hasta la muerte del arquitecto sería su fotógrafo oficial y jugaría un papel fundamental en la difusión de la obra de Barragán, siendo su serie Arquitectura de Luis Barragán probablemente la más conocida sobre la obra de dicho creador. Incluso el arquitecto Mario Pani declararía que una de las razones de la fama mundial de la obra de Barragán se debía en gran medida a la fotografía de Salas Portugal.

A la distancia, este vínculo ha llegado a consolidarse como un discurso visual en el que es casi imposible entender a Barragán sin las imágenes poetizadas de su fotógrafo

La exposición en 1989 de dicha serie en el Palacio de Bellas Artes se realizaría entre polémicas debido a la discusión sobre la pertenencia de los derechos patrimoniales de Salas Portugal sobre las fotos. La serie fue vendida a la Fundación Vitra de Suiza en 1988.

ad pédem literae

"Ahora no es el momento de pensar en lo que no tienes. Piensa en lo que puedes hacer con lo que hay."

Ernest Hemingway

Letras de buen humor

"Los verdaderos amigos se tienen que enfadar de vez en cuando."

Louis Pasteur